

VIII.

EL JUEGO DE NAIPES.

En aquel año, durante el carnaval, todas las noches del gran mundo fueron coronadas por mascaradas de todos estilos. Estas locuras enseñaban la ciencia. La mayor parte de las gentes á la moda no aprenden la historia sino disfrazándose, lo cual no impide que cometan los mayores anacronismos. A semejanza de la célebre señora de Amecourt, que se disfrazaba de Fredegunda, con cabellos empolvados á la mariscalca y dos pecas asesinas. Verdad es que ella se justificó ante los pedantes: el polvo á la mariscalca indicaba el espíritu de conquista de Fredegunda y las pecas asesinas sus armas desleales. Esto, sin embargo, la señora de Amecourt no alcanzó el premio de la historia de Francia.

Entre los bailes de máscara de aquel invierno se dió uno por una gran señora muy célebre en la córte. Se habia dicho que ella no daba el baile mas que en obsequio de tres altos personajes; pero en realidad lo daba en obsequio á Paris entero. Y como en Paris existen todas las clases, los personajes de la córte se

codearon con los personajes de teatro. Pero donde está la verdadera comedia? donde los verdaderos cómicos?

No digo esto por cuatro hermosas damas que en el día anterior se encontraron muy á propósito y resolvieron que irian á este baile disfrazadas de juego de naipes.

Tres de estas damas eran ilustres en el gran mundo: eran la marquesa de Fontaneilles, la duquesa de Campagnac, y la condesa de Entraigues, y en cuanto á la cuarta, era una jóven que llevaba un gran nombre: era la señorita Genoveva de la Chastaigneraye.

Las cuatro señoras juraron guardar el secreto en obsequio á la doncella que no queria entrar así en el mundo, lo cual era incompatible con su título de duquesa y con su virtud rígida é inalterable.

Todas pensaban, no sin razon, ocasionar mucho ruido en un baile que de sí era ya ruidoso, y no querian que sus nombres corriesen en los periódicos del día siguiente.

Ya se comprenderá que Octavio de Parisis fué al baile de máscaras de la duquesa... En aquella noche se vistió el pequeño manto veneciano, sabiendo que el éxito jamás se renueva sino por un éxito de otro carácter.

Al entrar en el baile se vió asaltado por todo un juego de naipes que se levantó enfrente de él, alegre y ruidosamente. Eran las cuatro mujeres que en el día anterior habian convenido en disfrazarse en da-

ma de Bastos, dama de Espadas, dama de Copas y dama de Oros.

—No pases adelante, gritó la dama de Copas, con una voz sonora como una plata.

—Y bien! qué es esto? dijo Octavio, aprisionadme enseguida, pero aprisionadme entre vuestros brazos, ó en los de la dama de Palos.

—Chist! dijo la dama de Oros: la dama de Palos no aprisiona á nadie en sus brazos, ni en sus veinte abriles.

—Quién sabe! dijo Octavio, sonriendo burlonamente.

—Me consta muy bien, dijo la dama de Palos sin disfrazar la voz.

Octavio cogió su mano.

—Es extraño, dijo mirándola de hito en hito, no eres tú mi Margarita del otro baile?

—Quien sabe..... dijo la dama de Palos.

La ola impulsaba la ola. El jóven permanecía siempre frente al juego de naipes, cerca la puerta de un saloncito donde un diplomático disfrazado de diablo, pero sin gracia, queria evitar sus ruidosas caídas ante las burlas de algunas mujeres mucho mas diablos que él.

El señor de Parisis y las cuatro damas se apoderaron de un sofá, sin cuidarse mucho de aquel pobre diablo.

—Esplicadme esta leyenda, dijo Octavio, dirigiéndose á la dama de Oros que le parecia la de carácter

mas alegre; por qué os habeis disfrazado así las cuatro? Quién es Raquel, quién es Argina, quién es Inés, quién es Palas?

—Muy sencillo, contestó la dama de Oros, nos hemos disfrazado así porque los hombres amais los naipes. Fuera de esto si eres aficionado á descifrar los símbolos, los enigmas, los geroglíficos, miranos bien.

Parisis fijó sus ojos en las cuatro mujeres, á través de su careta.

—Empiezo á reconocer, dijo, que las cuatro sois muy hermosas.

—Esta es una frase insidiosa, replicó la dama de Oros; debes saber, querido, que nosotras somos de muy buena alcurnia para llevar careta si no fuésemos hermosas. Únicamente las mujeres de la clase media se disfrazan cuando son feas.

—Ya veo que has aprendido humanidades en la universidad de Balzac.

—No he leído mas que un libro: Saint Simon.

—Te alabas demasiado; me quieres hacer creer que tu sabes leer en el libro de las pasiones. Mas porque has elegido el papel de la dama de Oros?

—Porque soy una Inés.

—Sí, una Inés Sorel. Pero dónde está tu rey?

—Por aquí, en los salones, no se donde; sin duda habrá encontrado alguna buena fortuna con algun dominó misterioso.

El señor de Parisis se habia inclinado al oido de la dama de Espadas.

Hé aquí mi dama, dijo, se llama Palas; ha sido conservada por Juana de Arco: representa la sabiduría, la victoria y el sacrificio.

—Cabal, dijo la dama de Espadas: sin duda vos, con la mejor voluntad, me quemaríais viva sobre la hoguera de vuestros amores; no es verdad, señor D. Juan?

—Y yo quién soy? dadme la esplicacion de mi traje, dijo la dama de Copas.

—Tu te llamas Argina, tu eres la reina, tu eres el poder, el despotismo y la tiranía. Quieres encadenarme á tus piés?

—Te conozco: sin duda las cadenas de rosas te parecerán ya pesadas. Pues bien, querido: tu no sabes descifrar los geroglíficos de la edad media. Yo no soy el poder, yo soy mejor que esto: yo represento las mieses; la copa es el alma de la guerra; el poder es la dama de Oros: es la dueña del rey. En Francia, ya lo sabes, el hombre reina y la mujer gobierna.

—Y yo? yo soy el amor si no os parece mal, dijo la dama de Espadas.

La de Palos, interrumpió:

—Nó, tu no eres el amor, tu eres la galantería, puesto que no eres mas que el retrato de Isabel de Baviera.

—Yo no tengo que decir, mas que una palabra, interrumpió la dama de Espadas: soy una dama de corazon.

—Nó, tu eres la dama de varios corazones.

—Y quién representa el amor?

Octavio volvió á coger la mano de la dama de Palos.

—El amor, le dijo con voz dulce, eres tu y yo te amo.

—El amor, respondió ella, soy yo, pero no te amo.

—Habeis dicho esto, señora, como una mujer que nunca ha hablado de amor. Sois adorable hasta en vuestra emocion.

La señorita de la Chestaigneraye no podia contener los latidos de su pecho.

No quiero decir una palabra mas de lo que se dijo de estravagante en el saloncito amarillo.

Octavio de Parisis se divertía mucho, en aquel juego.

Aquellas cuatro mujeres le mostraban todas las vanidades del sexo bello, desde las cimas azules del ideal, hasta los abismos de la pasion.

Allí habia la virtud y la voluptuosidad, el candor que se acerca á la orilla del precipicio y la malicia astuta que se burla de todo.

—En la antigüedad, dijo de repente el señor de Parisis, Praxiteles elegia siete mujeres para encontrar la belleza. Si vosotras quereis, señora de Espadas, señora de Oros, señora de Palos y señora de Copas, yo os aceptaré las cuatro para encontrar el amor.

—Esto es, dijo riendo la dama de Oros: formaríamos una armonía perfecta.

—Nunca sereis formal, caballero Octavio, conti-

nuó la dama de Copas. Miradme y sed un hombre de oro, ó mejor dicho de órden. Estais á pique de arruinarnos; id con tiento: digan lo que quieran los moralistas, el oro es la dicha.

—Nó, dijo la dama de Oros, la dicha es el poder.

—Cállate ambiciosa, interrumpió la dama de Espadas: la dicha es la pasión.

Octavio habia escuchado en silencio y se volvió hácia la dama de Palos.

—Y vos, no decís nada?

—Yo no soy tan sábia.

Octavio se inclinó para hablarla al oido.

La jóven se estremeció y se ofendió, porque al hablarle rozaba sus cabellos con sus lábios.

Qué le dijo?

Le dijo esto:

—Vos sois la dicha.

Por la primera vez medió un elocuente silencio.

Octavio pudo oír estas frases dichas á media voz por la dama de Copas á la dama de Espadas.

—La provincia triunfa!

—La provincial murmuró Octavio; ignoro á quien aluden.

Y con una mirada profunda intentó, por última vez, penetrar aquel rostro detrás de la careta.

—Así, pues, dijo en voz alta, vosotras me habeis aparecido las cuatro como las cuatro imágenes de la vida:

El oro,

El poder,

La voluptuosidad,

El amor.

Confieso que la casualidad me juega desde hace unos días las mas estrañas partidas. No os hablaré de cierta vision que se me apareció á la media noche; pero hace tres días yo hablaba con tres de mis amigos:

Del oro,

Del poder,

De la gloria,

Y del amor.

—Es muy sencillo, observó la dama de Oros: son las cuatro virtudes cardinales. No se puede dar un paso sin pisar la cola de su traje.

Y al decir estas palabras la dama de Espadas arrastró sus tres amigas á otras aventuras.

En el dintel del saloncito la dama de Palos se volvió hácia el señor de Parisis y le dijo mostrándole su corazón:

—ESTA ALLÍ.

Octavio se preguntó formalmente si soñaba. Quiso correr hácia ella; pero la máscara se habia evaporado.